

HIJOS DE NIMROD
CARLOS JIMÉNEZ
ARRIBAS NARRATIVA
DE VIAJES

UN PUENTE

Un puente, un gran puente. Me venía aquel verso de Lezama Lima en la cabeza ahora que buscaba el Shahrestán sobre el cauce seco del río. Un puente, un gran puente. Tan grande como para no encontrarlo y dejar en la mirada y en la memoria ese vacío, el hueco del puente nunca visto, el que más habría querido ver, huérfano de paso y horizonte como un barquero sin rumbo. A Lezama Lima le habrían gustado estos puentes sobre un río que no iba al mar y desembocaba en el desierto. Había algo trágico y también festivo en ese cauce que se perdía en las arenas, un río que no iba a ninguna parte. Alguien escapa a su destino y se niega a terminar sus días como estaba escrito, se pierde, se abandona en un abrirse las aguas. El Zayandeh, un nombre que recuerda a alguna deidad afrocubana, tiene algo de río candongo, de *Sóngoro cosongo*, y apenas llevaba agua a la altura de Isfahán. Anticipaba allí mismo ese derrame posterior en las arenas, con un cauce cenagoso, intermitente. El riego, río arriba, lo había secado, había adelantado su final, le había llenado el cuerpo de barro. Pero los isfahanís hacían como que no se enteraban y seguían pescando con caña y red en las charcas persistentes aquí y allá, entre un aroma a limo seco y un heroico croar de ranas.

Estuve así toda la tarde, como ese río que no desembocaba en ninguna parte, que simplemente se perdía, buscando un puente, un gran puente, el Shahrestan, y no lo encontré. Era el más antiguo y el más alejado del resto, al este de la ciudad. Crucé el Zayandeh en varias ocasiones, fui con paso decidido por los jardines del margen derecho, llenos de fresco césped y altos árboles, abiertos a plazoletas, paseos y algún quiosco. Al otro lado los jardines eran parques, los aspersores escupían menos agua, y la vegetación era más rala y estaba menos cuidada. Había columpios y algún pequeño terraplén. Quizá viera un puente viejo medio escondido más adelante, pero el parque acababa de manera abrupta en un vallado, y tuve que volver a cruzar. Acabada la línea de hoteles y restaurantes, la orilla derecha se abría a bloques de pisos de lujoso aspecto, y los jardines circundaban un pequeño polideportivo con pistas de tenis y una piscina cubierta. El polvo de las pistas de tierra batida subía hasta la luz herida de la tarde. Más adelante todavía, los bloques de pisos eran reemplazados por una zona de casas bajas y descampados, fábricas y polígonos industriales, y el paisaje humano recordaba las películas italianas de los años 1950: polvo en los zapatos, miradas cariacontecidas, rostros rudos y desafiantes. Me topé con dos individuos, les pregunté por el puente antes de abandonar todo intento, noté que me miraban de arriba abajo. Les vi en la cara las arrugas que deja la intemperie.

Sopesé la inminencia del ocaso, mejor darse la vuelta. Un puente, un gran puente, el nunca hallado; como el río que no encontraba el mar, solo el desierto.

¿Qué me había llevado allí? Y ¿qué me había llevado un año antes al mausoleo de los Samanidas, un edificio que parecía de encaje de bolillos más que de arcilla, de punto de cruz, nudos de hilo blanco y no ladrillos? Encontrarse con un edificio después de llevar mucho tiempo pensando en él es como asistir a una cita a ciegas. Aunque se hayan visto fotos, se sepa el color de los ojos, los gustos y los pasatiempos de la persona en cuestión, siempre está la inmediatez que da la presencia. Así había visto antes aun, en el primero de estos viajes, Grundvigts Kirke entre los álamos, al fondo del corredor de árboles, igual que un árbol más, adivinado o solo sugerido, un apagado más perla del color entre los brillos del verde hendidos por el sol, una especie de calor mineral que delataba un edificio dentro del parque, como los sensores de vida que se usan para encontrar a los enterrados debajo de los escombros. Ver así un puente, una catedral, un mausoleo es como ver un rayo de sol más cierto, forjado en la luz de la tarde con el declinar del día. El edificio se fundía con el recuerdo que me había forjado de él a través de las fotografías, hasta que era uno con la luz y la reflejaba opaco, entregándose con una vibración callada que hacía de la piedra, piel, y del ladrillo, vivas celdas de epidermis. Pensar que allí estaba el pensamiento, el deseo transcrito en piedra y congelado, atrapado en el aire del atardecer. Allí estaban las ecuaciones que decían de mí, me configuraban; allí, cuajado en piedra para el que quisiera verlo. Como una música hecha arquitectura, la dimensión física y volumétrica del sonido en la tarde que moría, el mes que moría también, atravesado por el canto último de los pájaros, cuando el trino era ya reverberación y, nota a nota, se hacía pura materia. Allí estaba el mausoleo, respetado por los mongoles, según contaba la leyenda, que no quisieron destruir semejante maravilla; enterrado luego en la arena hasta la cúpula, como una música soterrada, una piedra dentro de otra piedra, una oración oculta o ensartada igual que una jarcha dentro del *diwan* más amplio que era el fragor del mundo, amortiguado por toneladas de tierra que lo guardaron a salvo del pillaje y la codicia para que, tantos siglos después, lo viera como recién hecho, recién pensado, fundido en uno con las circunvoluciones del cerebro que lo ideó, recién alzado allí solo para mí.

La luz rebotaba en el mausoleo, y el mausoleo la devolvía al mundo, y giraba en ese ascenso de la forma, hecho de la materia facetada y mostrenca del ladrillo, como gira un derviche. Un vértigo muy íntimo lo había dejado así, girando sin parar en la pureza; sin música que escapase a cada una de sus celdas, la sinfonía audible de su arquitectura. Por eso parecía apropiado que, al lado del mausoleo, hubiera un pequeño parque de

atracciones, y que los niños dieran vueltas en el tiovivo de la luz. ¿Qué mejor descanso eterno para los Samanidas que saber que, decenas de generaciones después de ellos, la vida seguía junto a su peonza inmóvil y le buscaba siempre las vueltas al tiempo? Si la abstracción del arabesco en la arquitectura islámica era lo que creaba la forma, si hacía de la necesidad virtud, laberinto, a fuerza de pensar matemáticamente el mundo, ¿podía haber algo más abstracto que aquella sinfonía de ladrillo, pura línea y poliedro, desnuda matemática, elevada sobre el suelo y decorada con el mismo fluir cuajado en piedra del pensamiento?

¿Algo más necesario que Grundvigs Kirke, la iglesia de Jensen-Klint, cuando el acercamiento al objeto de afán llevaba por un pasillo de álamos y tenía también algo de purificación hasta darse de bruces por fin con él? El arquitecto danés era devoto del triángulo, la única figura geométrica de un solo plano que se mantenía rígida. Ese motivo abundaba en su arquitectura y era central en la construcción de su obra mayor, cuya torre seguía el planteamiento tripartito. Su pasión matemática salía a la luz como un prisma de tres aristas y suponía un desarrollo orgánico de las formaciones halladas en la naturaleza, como los cuarzos. Jensen-Klint había creado una torre como la proa de un barco vikingo, y luego la había estirado a lo largo de toda la iglesia, creando así la nave, hasta el punto de que no había apenas distinción entre una cosa y otra: la torre era la nave, y la nave era la torre.

Y ¿qué llevó a Thomas Jefferson a levantar su sueño *palladiano* en lo alto de una colina de Virginia? Tardó 54 años en construir Monticello, y muchos creyeron que no lo acabaría nunca. Las obras comenzaron en 1769, conocieron parones, reestructuraciones y hasta demoliciones para renovar las líneas de construcción. Solo cuando el prócer dejó la vida pública, al final de su segundo mandato como presidente de los Estados Unidos, en 1809, pudo acabar definitivamente el interior y despedir a los obreros. Aunque tendría que esperar hasta 1823 para completar los pórticos. Tenía que ausentarse con frecuencia para ejercer de abogado, político y, por último, presidente. Pese a ello, por puro perfeccionismo y afán controlador, insistía en supervisar al detalle todo lo relativo a la construcción. Cuando llegaban a alguna encrucijada importante, no prevista en el alzado, los trabajadores se negaban a seguir, por miedo a cometer errores, concedores de la exhaustividad del señor de la casa. Jefferson se quejaba en público de esa demora, pero en el fondo estaba encantado de llevar personalmente el progreso de las obras. Además, la mayor parte del trabajo la realizó con mano de obra esclava, una fuerza anónima y gris, mucho más todavía que la desconocida labor de los artesanos, una mano de obra que no

movería un dedo sin supervisión y mando. Era un hombre metódico que exigía en su vida y obra la misma simetría que tanto admiraba en la geometría de Newton, eso que sostenía y ensamblaba las piezas del nuevo mundo industrial que con tanto empeño contribuyó a crear.



EL CIELO ESTÁ ENLADRILLADO

Semana Santa de 2010. Surgió Sheremetyevo debajo del cielo cárdeno, un gélido atardecer de finales del mes de marzo. Y aquel cielo, desde dentro de la terminal, era un espacio igualador para los pasajeros, distribuidos igual que el ganado, encaminados a los distintos puntos de embarque, rumbo a sus destinos finales: Pekín, Yereván, Almati, Delhi. Moscú era un martirio para el tránsito entre Asia y Europa, la burocracia resultaba absurda y contraproducente; los modales brillaban por su ausencia, el idioma era puro jeroglífico.

En el vuelo a Tashkent maté las horas muertas pensando en el marco ecológico, término acuñado por la historiografía para estudiar el entorno en el que surge el arte. Me preguntaba si se podía aplicar también al ladrillo, hablar en su caso de evolución tecnológica. Su adaptación se podía entender dentro de un marco ecológico que le daba la densidad y el color: ladrillo pardo en Yorkshire, como el aroma del brezo; ladrillo casi amarillo en Asia Central, del color de las caravanas extintas y su estela de desiertos; rojo pálido en la España musulmana; rojo sangre en el norte de Europa. Era algo que brindaba el entorno y no tenía vuelta de hoja. Pero vidriarlo, o preferirlo achatado o rectangular, tener predilección por una forma u otra de ponerlo, a sogá o a tizón, eso era un detalle más cultural. En América del Norte, ante la falta de materiales calizos, los primeros colonos construyeron edificios de ladrillo utilizando conchas marinas machacadas para cebar de cal las argamasas. El medio ambiente daba el tono final de la superficie en la caravista, y también un color y una constitución completamente distinta a las juntas. No costaba imaginarse el sol del amanecer golpeando con ganas contra una pared de ladrillo de Virginia, sacándole unos brillos nunca sospechados en la vieja Inglaterra.

El avión empezó a bajar, y sentí ese hormigueo en las tripas al llegar a un país nuevo. A las 4.30 de la madrugada pasé el trámite de la aduana, cumplido con un impreso que se rellenaba sobre la marcha y despedía cierto tufillo a burocracia soviética, y salí con paso decidido al aire frío de la estepa asiática. Andrei, el conductor de la agencia, se parecía a Klaus Maria Brandauer pero con más cara de ruso y ojos más amables, de un azul pálido y profundo. En aquella madrugada gélida en la que no se movía ni una brizna de viento que meciera los enormes eucaliptos, pintados de blanco en la base del tronco, Andrei abrió el paso hasta la furgoneta, y allí esperé a que volviera con un ucraniano que venía en el mismo vuelo.

El verano anterior, en algún punto de la meseta castellana, un sábado, diecinueve de julio, iba a bordo de un tren que se dirigía a París, en el primero de aquellos viajes que no tenía muy claro cómo acabarían pero que, al menos, sí sabía cómo habían empezado: con aquella pieza ínfima en el rompecabezas de casi todas las civilizaciones, un hallazgo histórico para el desarrollo humano que, a ojos de la mayoría de la gente, no era más que un objeto anónimo en sus vidas, como un peón de ajedrez, algo que apenas se ve. Me había propuesto viajar por el mundo siguiendo la arcillosa estela de unos cuantos edificios de ladrillo. Es incómodo viajar, da pereza. Tiene que ver con el hecho del desplazamiento. Vencer la resistencia, como levantarse de la cama, es el pequeño acto heroico que preside cada día la vida. Mover las piernas, alinear las caderas, alzar la cruz de los hombros, ponerse en pie casi como un pronunciamiento. Puede que los ladrillos fueran el acicate, la forma de delinear un recorrido, una manera de llenar un vacío, hilera a hilera, ladrillo a ladrillo. Las piedras que deja Pulgarcito para volver... ¿adónde?

Después de la desazón inicial que produjo la partida en aquel primer viaje, los campos pelados en el calor de julio ocuparon el mundo afuera y pusieron un fondo mullido. El paisaje es un constructo cultural, cuaja en la percepción solo después de que el ser humano haya salido precisamente de ahí, de lo que se podría llamar con mucho cuidado la naturaleza. Desde el exilio del mundo natural, cuando ya somos urbanitas sin remedio, inventamos el paisaje y lo miramos con melancolía. Vivimos en el recinto marcado por las edificaciones, tanto dentro como fuera de ellas, y el paisaje es un bálsamo, algo que amortigua el fragor de la vida en las ciudades. La ciudad crece a lo ancho, domina así la tierra, deja fuera el descampado, y más afuera todavía, el campo. Pero también crece a lo alto, impone un perfil rectilíneo a la mirada, un sucedáneo del horizonte. A veces también anula el horizonte, y eso suele ser un edificio más alto que los otros, como un pliegue en la conciencia de la civilización, un gesto que se busca salvador y que no es ni salvación ni condena, solo eso, una línea vertical que marca el ángulo contra el cielo.

De pequeños lo aprendíamos de memoria, decíamos: «El cielo está enladrillado, ¿quién lo desenladrillará?, el desenladrillador que lo desenladrille buen desenladrillador será». A modo de trabalenguas y de adivinanza. El paisaje se deslizaba como un documental mudo al otro lado de la ventanilla, el tren lo atravesaba silenciosamente, y, detrás del acertijo, se intuía la historia, el mito de Babel. Si el cielo estaba enladrillado, si no se veía por culpa de todos los ladrillos que lo ocultaban, eso solo podía ser una torre, levantada, como decía la Biblia, piedra a piedra para vanagloria de los seres humanos. Y

por eso los castigaban con la confusión de las lenguas, con un trabalenguas. Pero la condena no era total, porque Dios aprieta pero no ahoga y deja el recurso del lenguaje, el hecho universal de que todos los pueblos, por diversa que fuera su ubicación geográfica y sus avances tecnológicos, tuvieran la posibilidad de comunicarse en una lengua, con un idioma diferente al de sus vecinos, pero con un idioma que también estaba hecho de palabras. La pena impuesta no era la mudez, que eso sí habría sido un castigo bíblico; sino un acertijo, una especie de laberinto en el que cada tribu encerrada dentro tenía un mapa distinto para poder salir de él; ninguno era igual a otro, pero todos eran igualmente válidos. Como los condenados en el circo romano a los que daban un alfiler para luchar contra los leones hambrientos. Poca cosa un alfiler. Pero algo es algo. Y así, palabra a palabra, se elevaban en el mundo los idiomas y quedaban condenados a encontrarse, a traducirse para intentar dar, como quería Walter Benjamin, con el sentido original previo a Babel.

El castigo por haber querido construir una torre que lo llevara al cielo, la confusión del trabalenguas, tampoco había sido total porque dejó al ser humano otra unidad de sentido muy parecida a la palabra, una mínima pieza significativa que, puesta una al lado de otra, una sobre otra, levantaba muros y edificios. Según la tradición mesopotámica, el rey tenía el privilegio de hacer el primer ladrillo, un antecedente de esa costumbre tan extendida entre los gobernantes, la de poner la primera piedra. A esta unidad inicial los mesopotámicos la llamaban la *asada*. Sobre ella se pensaba fundar todo un mundo, y, quizá por eso, creían que de esa pieza surtía el chorro de energía, como un río vertical que acababa dando forma al edificio. No era extraño que se creyeran cerca del cielo, de la inmortalidad, aupados a una escalera de ladrillos como la que formaban los zigurats; y había que pensar que las primeras torres fueran más túmulos que almenas. Cuando descubrieron que el adobe moldeado, con un contenido mayor de arcilla, exento ya de paja, podía ser cocido a temperaturas muy elevadas y que esa mezcla daba como resultado una unidad combinatoria casi indestructible, de composición molecular parecida a primera vista a la de la piedra, cuando lograron eso creyeron que habían vencido el tiempo, que estaban en posesión de la inmortalidad. El mito de la torre de Babel, un zigurat de siete pisos y 90 metros de alto, era también la historia del humilde ladrillo, lo más imperecedero que hasta entonces había hecho el ser humano; algo con lo que levantar una torre que no pudiera tirar abajo ni la lluvia ni el viento, ni la arena ni la tempestad, lo más parecido a un gesto divino, vertical y eterno.

El tren discurría en esos momentos entre unos campos de trigo, y la imagen de verticalidad y de eternidad se había transmitido a los álamos que salpimentaban la llanura amarilla. La mirada aislaba elementos discretos, árboles, altozanos, ríos, campos, pero todo era una secuencia continua de la realidad que la percepción convertía en unidades discretas. Quizá también, al construir con ladrillos los altos muros de contención, al levantar la pared, el puente, el templo, esos lienzos mostrencos que imitan el perfil continuo de la realidad fundada imitan el proceso de aislamiento de lo continuo, solo que al revés, con la pretensión de fundar un perfil de suficiencia sobre lo real que esconde la unidad de composición y ofrece a la vista la ilusión óptica de una línea continua.

El tren llegó a la frontera y se detuvo unos minutos en la tierra de nadie que separaba España de Francia. Los pasajeros se habían levantado y esperaban a bajar. Deambulé sin rumbo por las calles aledañas a la estación, bajé a la ría y vi a los vascofranceses en sus herrikotabernas, sentados a grandes mesas de madera, llenas de platos hondos y vasos chatos. En un parquecillo enfrente de la ría y del aeropuerto que había en el lado español, con una sola pista de aterrizaje en paralelo al mar, algo que le daba a la señorial villa cierto aspecto tropical, con las mochilas a salvo de los ejércitos de hormigas, comí mi frugal comida, una lata de atún y un pedazo de pan que había comprado en Burgos, sintiéndome como el Cid en su destierro, solo que sin séquito ni niña que me dedicara hermosas palabras.

Al acabar busqué la playa. Dejé que el mar, distante del paseo marítimo en la marea baja, susurrara alguna secreto cantinela, sentí el viento salino que me recorría la cara. Vi a los franceses jugar al rugby y comer bocados que parecían exquisitos, sacados de pequeños contenedores de plástico, a cubierto del viento, debajo de elaborados toldos y tenderetes. Me tumbé en el muro que separaba la arena de la calle. Vi jóvenes fibrosos practicando jugadas con un balón de rugby, lanzamientos estilizados, como atletas griegos entregados a la práctica de un deporte de bárbaros, cuerpos esbeltos que humanizaban aquel juego de choques brutales, le daban una elegancia que no tenía en las Islas Británicas ni en sus colonias agrestes. Vi la bola ovalada y sentí que hacía parábolas en el aire limpio y ajeno de la tarde. Por fin, cuando cambió la luz, recogí las mochilas, empecé a caminar con ritmo lento y perezoso de vuelta a la estación de tren y vi la desembocadura de la ría, enfrente de Hondarribia. La ciudad se reflejaba en el agua salada, encrespada debajo de la iglesia y los montes cercanos. La tarde le iba dando al País Vasco francés sus preciosos grises, una gama diversa de vetas del plomo: pizarroso en los guijarros de la costa, ligeramente turbio en el mar, en los montones de algas secas

que arrojaban un fuerte olor a cuerpo de cetáceo varado al sol, concentradas sus esencias en el declinar del día, cuando los sentidos se funden en una sola expectativa de arena, luz y sal, como una mano inmensa que acaricia la costa.

LA CASA DE RAISA

Meses más tarde, en el segundo viaje, esperaba sentado dentro de la furgoneta en el aparcamiento del aeropuerto de Tashkent y notaba afuera el relente de la madrugada. Por las ventanillas alcanzaba a ver muy poco: grandes lienzos de hormigón en el suelo como en las paredes y una noche que cundía como cunden las alas de un gran pájaro negro. Volvió Andrei, acompañado de un hombre rubio, hizo las presentaciones de manera breve y procedió a arrancar la furgoneta. Paul, como se hacía llamar el ucraniano, tenía el rostro anguloso y los ojos azules, el pelo rubio y corto, y una actitud cordial pero distante. Por la ventanilla se veía una ciudad moderna, no tan distinta de muchas ciudades europeas en el trazado de sus calles y la disposición de los árboles en las principales avenidas. Los edificios oficiales eran imponentes, apenas se veía ladrillo, solo piedra y mármol. Los pisos de la gente recordaban más los de los países árabes que los europeos; y quizá ahí, en una primera impresión, saltaba más a la vista el carácter fronterizo de Uzbekistán, entre Asia y Europa. Había bloques de bastante altura en las calles más céntricas, reemplazados en las colindantes por edificios de cuatro pisos, las *khrushchyovkas*, comunes a partir de los años sesenta en todo el ámbito soviético, inspiración para tantas barriadas españolas del desarrollismo. Tenían balcones y patios abiertos que no estaban asfaltados. El enfoscado de las fachadas era somero y funcional, desconchado en muchas partes. Dos décadas después de su desmembración del imperio soviético, aquella noche fría de finales de marzo Tashkent dormía su sueño de asfalto, y la furgoneta entró enseguida en el aparcamiento de la estación de tren, un edificio deslumbrante que brillaba recubierto de mármol oscuro por dentro y por fuera incluso a una luz tan poco luminosa como la de la madrugada.

Andrei nos acompañó al espacioso vestíbulo, vacío a aquella hora tardía, o temprana; y, echando mano de una máquina de bebidas a modo apoyo, desplegó una pequeña carpeta y sacó de allí los billetes de tren, con el nombre de cada uno de los dos viajeros impreso en cirílico. Cobrado el importe, se despidió, deseando buen viaje. Todavía quedaba tiempo para la salida del tren, y éramos los dos únicos pasajeros en el recinto. Paul habló de Uzbekistán y también de Ucrania. La actitud distante no cedió en ningún momento, aunque se mostraba amable y daba de buen grado información sobre ambos países. Uzbekistán tenía fama entre las antiguas repúblicas soviéticas por lo bien que se comía. Lo llamaban la tierra del pan. La novela de Amin Malouf *Samarcanda* se abre con alguien que recoge un trozo de pan del suelo, lo besa y se lo lleva a la boca. Paul

hablaba de Europa con la desconfianza de los eslavos. Ellos en invierno se bañaban en el Niéper helado. Al contar aquello, hablaba con más convicción y entusiasmo. Había que tener cuidado en los desplazamientos desde la sauna, situada a un lado de la casa, hasta el lecho del río, donde previamente se había practicado un agujero. En ese trayecto era peligroso poner la planta de pie sobre cualquier superficie helada porque podías quedarte pegado al suelo. No costaba imaginar el cuerpo del bañista, la carrera, de puntillas, mirando al suelo y esquivando charcos helados y hierbajos, el vaho que le saldría de los hombros desnudos y del cráneo, como el aura de los santos; y luego, la zambullida, con las piernas tías y los brazos pegados a los lados, aguantando la respiración y las finísimas agujas que el Niéper le iba clavando en la piel, con un amor de eras glaciales, de tiempo acumulado en el cauce imperturbable de su fluir subterráneo.

Y tú ¿qué sabes de mi país?

Noté en la pregunta el desafío. No supe decir gran cosa en aquel momento. Enmudecí. No me valió entonces lo que vi solo años más tarde, una fotografía de la guerra de 2014 contra los rusos. Era el duelo de una mujer en una ciudad al este de Ucrania. A su lado aparecía el cadáver de su madre, muerta en un bombardeo de las tropas pro-rusas, tapado con un chal. La prenda era tan grande que cubría casi por completo el cuerpo, y solo se veían los pies, enfundados en botas negras de modesto tacón que encerraba toda la aspiración a los altos vuelos de una clase sometida. Llamaban la atención en la foto los cuatro toscos ladrillos que habían puesto encima de la colcha, uno en cada una de las cuatro esquinas del chal, para que el viento, o las alimañas, no importunaran el improvisado lecho de muerte de la pobre mujer sobre la nieve. Ladrillos como panes negros, para que los muertos no sientan la tentación de zafarse de los chales, levantarse e imprecarnos por nuestra inacción, nuestra muda curiosidad impúdica.

No me valió tampoco lo que vería solo unos meses más tarde de aquella mañana en Tashkent, en la tercera etapa de los viajes, cuando dormí una noche en un *bed and breakfast* de una ucraniana en la costa este de los Estados Unidos. Raisa tenía corpachón de osa, contaba que había estado en España, donde estudió su hija, y que no echaba de menos su país donde, dijo, había mucha delincuencia. El *bed and breakfast* era una casita de madera al estilo de Nueva Inglaterra, con jardín y porche, interior de paneles de roble, muros exteriores de chillas, y pulcros muros de yeso crudo. Sobre todo en los dormitorios, el trabajo con la llana había dejado protuberancias cada ciertos tramos. Eran como brochazos con forma de abanicos y le imprimían cierto ritmo al lienzo, evitando así la monotonía del enfoscado, a modo de sencilla decoración. La casa de Raisa estaba en una

esquina a dos calles, a las afueras de Hyannis, rodeada por setos de flores y césped, a un par de minutos de la playa. Allí donde le era posible, el ser humano plantaba un paralelepípedo para formar tejido y ponerle puertas al campo o fundas a su hogar. Madera o arcilla, la mente humana buscaba la profilaxis en las superficies que habitaba para poder aislarse del insecto, de la tierra y el hierbajo, de cualquier cosa que le recordara las precariedades de la cueva en la que fundó una vez su casa. Olía a alcoba en la habitación, si se pudiera decir que los espacios daban un olor particular, a oquedad, a hueco, a cueva excavada en la roca misma del hogar. Al ir a definir ese olor, me vino a la cabeza algo matricial, con ligeros tonos de orina, como si guardaran el orinal debajo de la cama. No era un olor desagradable, casi al contrario. Se mezclaban los aromas del espacio cerrado, madera, campo y alcanfor, y me recordó cuando dormía de niño al lado de la alcoba de los abuelos, en una aldea castellana. Hacían ruido al orinar cuando se levantaban en mitad de la noche, y el hilo de orina iba cambiando de modulación. La fuerza inicial del chorro rompía contra la porcelana y reverberaba según se iba llenando el orinal; luego se oía el repicar de las gotas finales, cuando estaba ya lleno. En las calles peatonales del centro de todas las grandes ciudades del mundo se congregaban esos magos de la teoría de fluidos que hacían música sobre una mesa llena de copas de agua, colmadas de distinta guisa, algunas medio llenas, otras medio vacías, para arrancarle las notas al líquido encerrado en el cristal. Anna Frank en su diario cuenta que se levantaba de madrugada para hacer aguas menores, como ella decía, obligada a orinar en una latita que guardaba debajo de la cama como un orinal, y tenía que contener la respiración, con miedo a que se oyera fuera el gorgoteo. Se podría fundar toda una teoría de la música en la micción, diseccionar el olor que impregnaba el cuarto en la casa de Raisa, diseccionar con el olor las dos memorias, la vivida y la leída, como un Pitágoras que cortase el hilo delgado y dorado en sucesivas partes de secretada música.

LA TORRE DE CABEZAS

Ucrania, no saber gran cosa de Ucrania. Con un parpadeo, dejé la evocación de aquellas imágenes, y volví a la estación de Tashkent, delante de Paul, que miraba divertido. Una mujer con trazas de mendiga abandonó los bártulos entre los que había estado durmiendo y pasó a engrosar el paisaje móvil de aquella sala de espera. Empezó a decir respuestas, y se le vieron varios dientes de oro. El ucraniano contó que era una costumbre del centro de Asia. Muchas veces los dientes estaban sanos pero los pueblos nómadas se los arrancaban y ponían ahí piezas de oro. Era indicativo de poder y riqueza; y, aunque la costumbre se estaba extinguiendo, para un uzbeko, tener varias piezas del preciado metal en la dentadura, en ocasiones todos los dientes frontales de arriba, era señal de riqueza. La mejor manera de llevar las posesiones era en uno mismo, literalmente, formando parte de la dentadura. Los dientes son la memoria colectiva, la mineralización de la especie, lo que hoy podemos leer de lo que fuimos hace miles de años. Cuando soñamos que perdemos los dientes, se dice que es el miedo a envejecer, a perder el atractivo. Pero eso es una simplificación. Soñar con que perdemos la dentadura es soñar que la memoria de nuestros antepasados desaparece de su lecho natural, que es nuestra estructura ósea; es como soñar que se queman todos los volúmenes de la biblioteca de Alejandría.

La mujer se acercaba a los viajeros que iban apareciendo. A veces pedía algo, tenía muchas bolsas de plástico llenas de envases vacíos. La madrugada se deshacía en el rigor de la mañana; y, a su luz, fue llegando más gente, tocados con el típico bonete uzbeko muchos de los hombres; con tocas y pañuelos, algunas mujeres. Otras tenían vestimenta muy parecida a la que se vería en cualquier estación europea. La mendiga, que llevaba un pañuelo atado a la cabeza como las zíngaras y tenía la piel de la cara arrugada en numerosos pliegues, pasó en una segunda ronda, y se le vio el azul de los ojos, los pendientes de hilo de alambre y piedra negra, el delantal lleno de remiendos que llevaba encima de la falda. Un policía la amonestó por molestar a la gente, y ella se puso a gimotear y a ofrecer cigarrillos a todo el mundo, como un niño pequeño que quisiera así expiar su rebelde conducta. Cuando quedaban unos minutos para la salida del tren, la locomotora que tiraba de él hizo su aparición en el andén más próximo al vestíbulo. Quise salir fuera, pero Paul lo desaconsejó. «Hará mucho frío», dijo. Y, ante aquella advertencia de alguien que se bañaba en agua helada, me subí el cuello del anorak, pateé varias veces el suelo y renuncié a abandonar el calor del recinto.

Al salir, quedaban apenas unos minutos para que partiera el tren, y el ajeteo en el andén delataba esa inminencia. Aunque los había sacado la misma agencia, nuestros billetes no eran ni mucho menos contiguos, y Paul se despidió con un apretón de manos, deseándome buena suerte. Lo vi alejarse hasta la cabecera del convoy. Me tocó el último vagón, un compartimento como los que ya no se estilaban en Europa, con capacidad para seis personas, una mesita con bolsas de té pegada a la ventanilla y portaequipajes de listones de madera. Solo viajaba una mujer en el mismo compartimento, pequeña, ataviada a la manera occidental, con el pelo corto y una especie de velo en la cabeza. Podía ser cristiana. Llevaba gafas y estaba como en su mundo. Al subir la pequeña maleta al portaequipajes, miró con expresión de impotencia, y la ayudé. Pronunció unas palabras incomprensibles, se sentó en el asiento de enfrente y se dispuso a dormir con toda naturalidad. Pensé que lo mejor sería imitarla, aunque no quería perderme el paisaje por la ventanilla, porque sentía curiosidad por saber cómo sería la primera imagen real de la tierra del pan. En las afueras de Tashkent había más bloques de pisos; luego, barriadas de casas con huertos florecidos y animales que miraban el tren con expresión indiferente. Todavía quedaban sombras en el cielo cuando cerré los ojos y caí en un sueño poco profundo. La compañera de compartimento ya llevaba varios minutos durmiendo.

Desperté a algunas decenas de kilómetros de Samarcanda, entre un paisaje uniformemente desolado, gris, parduzco, perfilado por colinas redondeadas y planicies a media altura, vi el surco de los cauces secos, cubierto de una hierba fina y rala que le daba a la tierra el aspecto de una cara sin afeitar. Reanudé entonces la lectura de *La embajada a Tamerlán*, de Ruy González de Clavijo, el embajador del rey castellano Enrique III, enviado a Samarcanda a principios del siglo XV para forjar una alianza con Tamerlán el Grande y hacer un efecto pinza contra los turcos desde ambos extremos del Mediterráneo. Todo el mundo conocía las circunstancias de esa embajada porque en la televisión habían puesto un programa sobre un madrileño que vivía en el barrio de Samarcanda, bautizado por el mismo Tamerlán como «Madrid», en honor al embajador del rey castellano. En el Madrid de España había una placa situada en la plaza de la Paja, enfrente del jardín del príncipe de Anglona, con sus pasillos de ladrillo en espiga. La placa conmemoraba a González de Clavijo, que había nacido en aquel punto de la ciudad. Una pequeña calle al lado del Manzanares llevaba también su nombre. Impresionaba lo que contaba Ruy González de Clavijo del caso de las Torres de Mea, hechas de mampostería y cabezas humanas, cortadas a los enemigos derrotados. Buena torre de Babel, hecha de bocas silenciadas a golpe de cimitarra. Como si hubiera sido construida directamente por el dios

para servir de ejemplo sobre la suerte que correrían los que quisieran pronunciar un nombre más alto de lo debido. El caso ilustraba otra cosa más, la necesidad de contar siempre con una unidad mínima de mampostería para construir el edificio. Y lo más macabro del asunto: que la equivalencia de cada una de esas cabezas era un ladrillo. Cada una hacía las veces del bloque mínimo que quería decir la palabra de Dios: Yo soy. Aunque la gracia estaba precisamente en que no pudiera decirla. ¿Emplastarían las bocas tapando los dientes con la misma argamasa con la que emplastaban las cabezas unas sobre otras? ¿O las dejarían abiertas, para dar todavía más muestra de horror y así amedrantar al caminante? La torre muda se haría locuaz por el pavor que producía la visión de aquellas bocas. «We built a tower of stone with our flesh and bone», según cantaba Ronnie James Dio en sus días de Rainbow.

HOTEL SAMARKAND

En el viaje en tren por Europa nadie esperaba nunca a la llegada a la estación. Había visto la escena en los aeropuertos: los lugareños trajeados portaban un folio en el que habían impreso el nombre de algún viajero al que acudían a recoger. Imaginaba el tránsito entre la tierra de nadie del aeropuerto y la ciudad, y pensaba que ganar el hotel sería más fácil con aquellos guías que esperaban sonrientes a los más afortunados. La madrugada en el aeropuerto de Tashkent había sido la primera vez que fueron a buscarme. Pero no sería la última, y nada más bajar del tren en Samarcanda, después de ayudar a mi compañera de compartimento a alcanzar la maleta en el portaequipajes, me di de bruces con Omar, un joven de 17 años, avisado y amable, que tenía mi nombre escrito en un papel. Los uzbekos se dispersaban con prisa por el andén; los que habían venido a recoger a los viajeros los saludaban brevemente y les cogían las maletas; salían luego todos sonrientes, rumbo al vestíbulo de la estación.

Por el camino Omar contó algunas cosas sobre Samarcanda, pero habló sobre todo de la celebración que había en el hotel y a la que yo estaba invitado. Los hombres del barrio se reunían una vez al mes en casa de unos y otros para agasajarse; y aquel día le tocaba al dueño del hotel, que había preparado una comida muy especial, el *plov*, del que había hablado Paul en la estación de Tashkent. Omar era bajito, tenía el pelo negro y de punta, no lo llevaba cortado al rape como muchos otros uzbekos. Lucía gafas de montura de alambre y ropa deportiva de marcas occidentales. Me acompañaría a visitar un mausoleo y una mezquita un par de días más tarde, y entonces me contaría que era hijo de una maestra y de un trabajador de gasolinera y que quería estudiar relaciones internacionales. Hablaba varios idiomas. El coche enfiló una recta con una mediana que dividía los dos sentidos del tráfico, jalonada por árboles en las cunetas. Por un instante pareció que aquella recta no tenía fin, que llevaba toda la vida recorriéndola.

El dueño del hotel Camila tenía cara de europeo, iba tocado con un gorro tártaro de astracán y se deshizo en reverencias y ofrecimientos, como si yo fuera un visitante ilustre. Había muy pocos residentes más en el hotel, hombres de negocios que paraban allí una noche. Yo venía de lejos y había reservado cuatro noches en la antigua capital del imperio timúrida. Antes incluso de que tuviera tiempo de llegar a recepción, me incluyó en la celebración de su barrio para los vecinos. El comedor estaba lleno de espejos y engalanado para la ocasión. Omar se ocupó de guardar la mochila, y fui conducido con toda ceremonia a una mesa en la parte central del salón. Un sitio de honor, según dijeron.

Las mesas estaban ocupadas por hombres mayores, vestidos de gris o negro, con birretes y gorros de piel, muy parecidos al del dueño del hotel. Mis compañeros de mesa empezaron a preguntar por España. Otros animaban a que no dejara pasar la ensalada, de tomate y pepino, sin sal ni aceite, aderezada solo con hierbas aromáticas: eneldo y cilantro. Pero el plato culminante era el *plov*, y los uzbekos se olvidaron de mí. Todos comíamos de un plato central, como antiguamente en la fiesta del pueblo, solo que con cucharas afiladas igual que si fueran cuchillos. Parecían padres de familia o abuelos, de más de cincuenta años, y tenían la actitud típica del que iba a una boda, soltaba su presente y se quejaba de que la comida y el servicio no estaban a la altura. Después del plato fuerte, el banquete se disipó, como si lo hubieran absorbido los espejos de la pared y los candelabros del techo. Había dientes de oro por todas partes, se oían rezos y agradecimientos, ruido de gente masticando, lo demás fue silencio.

La habitación era espaciosa, con suelo de tarima barnizado, alfombras por todas partes y un baño oscuro pero amplio. La cama estaba pegada a la pared, y, al otro lado, había un banco de madera para vaciar las maletas. Entreví los árboles del patio por los cristales de la ventana, oí las ramas del árbol en el patio del hotel de Samarcanda con su rasgueo seco y áspero contra el cristal. Luego, salí de la habitación para el primer encuentro con la ciudad. En aquellos días, un cedazo de nubes finas cubrió siempre el cielo, hurtando el azul. O quizá no, porque luego en las fotos se recortaban perfectamente los ladrillos biselados de azul contra el celeste del empíreo. Atravesé el patio del hotel. Vi columnas de madera y un espacio porticado debajo del que habían dispuesto, en la zona más a cubierto, una especie de escenario rectangular, rodeado de barandales por tres de sus lados y cubierto de alfombras. Había cojines cilíndricos en las esquinas del parapeto, como un diván para alojar a familias enteras que, descalzos, se encaramaban a la plataforma, reclinaban el cuerpo y comían y bebían como los *khanes*. Pegado al patio había un zaguán que recordaba las casas solariegas. Oscuro y cóncavo como boca de lobo, daba a la calle por una puerta de madera abierta de par en par. Enfilé por el callejón y vi al fondo, detrás de una perspectiva superpuesta de casas humildes, callejas laterales y árboles en flor que asomaban su blanca promesa por encima de las paredes de bloques y toscos ladrillos, el azul inconfundible, tantas veces visto en fotos y reproducciones, de una cúpula timúrida. Allí dirigí los pasos.

El callejón acababa delante de la fachada sur de la mezquita de Bibi. El camino estaba desierto. Tenía varios tramos de escaleras y discurría a diversa altura, en paralelo a la pared de ladrillo que delimitaba el perímetro y ofrecía una perspectiva privilegiada

de la cúpula y el minarete. Desde la espigada torre, la leyenda decía que Timur, aguijado por celos, había arrojado al vacío a los artífices de aquella magnífica obra arquitectónica: su mujer favorita y el propio arquitecto. Los vencejos se perseguían en parábolas vertiginosas sobre la cúpula, jugaban a trazar órbitas como un eco de la esfera turquesa que resplandecía en los últimos rayos del sol. Sobre la superficie biselada de la circunferencia, una planta trepadora había trenzado su red, dándole a la cúpula el aspecto de un yelmo cubierto por una redcilla protectora. Cómo no dejarse llevar por aquella imagen de los vencejos brotando de la red que formaba la enredadera, estrellas, proyectiles, bumerangs desprendidos de la retícula como por un soplo divino, transformados en pájaros que cruzaban el aire con el frenesí de lo que se sabe vivo.

Luego llegué al final de la fachada sur de la mezquita, vi que la calzada se abría en un paseo peatonal amplio y pavimentado, atravesado a aquella hora por uzbekos y uzbekas de camino al bazar, situado junto a la fachada norte del complejo. La entrada de la mezquita de Bibi estaba enfrente del mausoleo de la mujer favorita de Tamerlán, al otro lado de la amplia vía peatonal. Vi grupos de mujeres apostadas a la entrada, de rasgos más orientales que el resto de los uzbekos, con rostros tostados por el sol. Estaban sentadas detrás de su mercancía, y lo que ofrecían llamaba la atención. Eran pieles de animales a las que no habían arrancado la cabeza con el fin de que pudiera verse de qué especie se trataba: zorros y lobos. Quedaban los cánidos reducidos a una tira de piel seca y parduzca; los bordes, donde debió de estar el vientre del animal, eran más pálidos que el resto, y los dientes, protuberantes en los hocicos alargados, al final de la tira peluda, daban una prueba de la amenaza que aquella alimaña encerraba para el ser humano.

Quizá la verdadera Samarcanda quedara al norte de la ciudad, en los túmulos coronados de hierba que se elevaban enfrente del bazar, al este de la primera mezquita construida en la ciudad, mucho más modesta que Bibi Kanum. Era un cogollo de tierra que recordaba el paisaje de las Médulas, las minas de oro de León, pero que allí respondió a otro tipo de saqueo, no el del romano, sino el del mongol. Y alguien que se quiso descendiente directo del Gran Khan, Tamerlán el Grande, edificó, al lado de aquellos túmulos, en el borde más al noreste de la ciudad moderna, el mausoleo de su primer hijo, muerto antes que él. Y a aquel edificio sobrio, pero hermoso y compacto, se le fueron sumando, bloque a bloque, ladrillo a ladrillo, otros edificios, hasta formar la necrópolis. Para entonces ya hacía más de cien años que los mongoles habían destruido la Samarcanda mítica, la que conoció Omar Jayyam. Esos montículos coronados de hierbajos serían los restos de la verdadera Samarcanda. O quizá la ciudad estuviera debajo

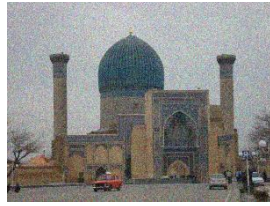
de sí misma, como se decía en una leyenda apócrifa, la del rey que quiso huir de la muerte y edificó una ciudad de hierro, cerrada con llave, dotada de sol y cielo incluidos, debajo de Samarcanda. Era curioso que para entonces el ladrillo, en su día trasunto de inmortalidad como estadio de la evolución tecnológica, fuera ya insuficiente para contener las finas arenas de la inmortalidad, y tuviera que ser reemplazado en la fantasía humana por un material más indeleble todavía, el hierro. La leyenda no tenía por qué ser menos verídica que la de Babel, pero ilustraba el fenómeno opuesto al mito bíblico: más que edificar, ladrillo a ladrillo, una torre que albergara la nueva ciudad de Dios, soberbia y ufana, el sueño de aquel nuevo Nimrod fue huir del mismo Dios y aspirar, no al cielo, sino al infinito en las profundidades de la tierra.

LA MORADA DEL ALMA

Al día siguiente, me levanté temprano y comí arroz con leche en el hotel, un plato que los uzbekos servían caliente y salado para desayunar. Varios guías se ofrecían a la entrada del mausoleo de Tamerlán, Amir Timur, emperador de los uzbekos. Uno de ellos, un muchacho de apenas veinte años, tenía bigote a lo Cantinflas, era lampiño por lo demás, con cara de vietnamita, e iba ataviado con vaqueros y zapatillas de marca, cazadora rockabilly y gorro de rapero. Llevaba la punta de las orejas debajo del borde del gorro, y le quedaban con forma picuda, como las de un duende, o las de un mongol que llegó a aquellas tierras comiendo carne cruda y degollando mujeres y niños. Pero era un joven amable, instruido no solo en el imperio timúrida sino en Historia universal y en temas de actualidad, con un inglés que le permitía complejidades en la expresión y un acento fuerte pero con encanto. Se reía de los comentarios, preguntas e ingenuidades que yo hacía, pero cuando le enseñé el libro de Ruy González de Clavijo que llevaba en la mochila, abrió mucho los ojos, lo tocó con manos devotas y, a partir de aquel momento, me trató con mucho más respeto. Vivía en Madrid, el barrio de Samarcanda que Timur nombró en honor de González de Clavijo, y, al enterarse de que yo también vivía en Madrid, la capital del reino de España, lanzó un pequeño chillido que en otra época habría acompañado el tajo de una espada corta y chata pero que en aquel momento equivalía a una mezcla de sorpresa y júbilo. Después de darse un golpe con el puño cerrado en la palma de la otra mano, estrechó la mía como si cerrara conmigo un pacto de sangre. Acordamos el precio por todo un día, incluyendo visitas guiadas al mausoleo de Tamerlán, la plaza de Registán, la necrópolis de Shah-i-Zinda y la tumba del profeta Daniel. Pagué lo que me dijo, y se convirtió en mi guía y conductor.

En el mausoleo de Timur un monolito de jade marcaba la tumba de Tamerlán, aunque el guía dejó claro que debajo de los bloques de mármol, correspondientes en tamaño a la jerarquía de los enterrados, Tamerlán, dos de sus hijos, su nieto Ulugbeg y su asesor espiritual, no estaban las tumbas, sino una fosa vacía. Los restos descansaban en una cámara mortuoria situada más abajo. El guía contó la maldición que había perseguido a quienes movieron el monolito, desoyendo la inscripción que auguraba terribles desgracias para quien lo hiciera, tanto en esta vida como en la otra. La segunda de aquellas profanaciones era bien conocida: el estudioso soviético que desplazó la lápida, rota siglos antes cuando otro curioso intentó fatalmente desplazarla, pudo atestiguar la estatura de Tamerlán, más de 1,70, relativamente elevada para la época; logró también reconstruir

los rasgos de su cara a través del estudio de los huesos craneales y faciales, y dar fe de la cojera que seguramente padecía. Pero al día siguiente, Hitler invadió Rusia.



Si la mínima unidad compositiva en la arquitectura islámica era un ladrillo, un ortoedro de aristas rectilíneas y porosas, aquel monolito de jade podía ser su culminación, la máxima unidad en la composición del conjunto que había sido levantado para albergar la tumba de un ser humano, como el monolito adorado por los primates en *2001: Odisea del espacio*, que reaparece milenios más tarde en un oscuro planeta de la galaxia. Quizá el primer profanador y el segundo, o todos los que acudíamos a contemplar aquella pieza de un mineral precioso sin parangón, estábamos profanando con nuestra mera presencia el sagrado recinto que rodeaba a aquel monolito rectilíneo, oscuro y magnético. Aunque para mí la verdadera joya arquitectónica estaba fuera, a unos cien metros del complejo Gur-e Amir. Era el mausoleo Rukhabad, que quería decir «la morada del alma», probablemente construido en la década de 1380 para conmemorar la tumba del sabio y místico jeque, mencionado por Ibn Batuta en su libro de viajes por Oriente, en los que lo encuentra en Pekín y luego en la India: Burkhaneddin Sagardzhia, a quien Tamerlán reverenciaba. Era un edificio chato de ladrillo pálido, apuntalado por cuatro contrafuertes que recordaban la iglesia de San Nicolás, en Copenhague. Parecía hecho de arena y no ladrillo a ladrillo, moldeado en arcilla clara, como los castillos de arena que hacen los niños en la playa. Y bajo el cielo turbio, en un lugar privilegiado frente a la tumba del gran señor, el mausoleo de Rukhabad ofrecía el contrapunto arcilloso de las estepas: un baluarte bien plantado sobre la tierra, hecho de la misma tierra, tosco, funcional y compacto como el casco de un guerrero mongol. Pasaban por la explanada los coches que parecían de otra época, crecían los árboles enjutos que no tenían ramas, y las farolas se encendían ya, formadas por rudimentarias esferas y postes blancos, y, en aquel edificio de relativa modestia comparado con el complejo dedicado a albergar las cenizas de los poderosos, se podía ver un eco del mausoleo de los Samanidas en lo compacto y arcilloso de su estructura.

La plaza de Registán era la siguiente parada. El cielo seguía sin abrir, las horas pasaban en mitad del día como en un reloj de arena que dejara caer despacio, inmisericorde, su caudal de tonos ocres y grises. Algo de color ponían los uzbekos con sus idas y venidas por la plaza, los pañuelos y las batas de tonos chillones de las mujeres que trabajaban allí, atendían puestos de recuerdos, vendían entradas para los distintos monumentos, iban calzadas con unas simples zapatillas y calcetines gruesos de algodón. Otras pasaban engalanadas porque iban de visita, junto a sus maridos, hermanos, hijos, vestidas en tonos más oscuros y modestos. La plaza estaba trazada a diversas alturas y había algunos árboles, un par de cipreses, algún sauce llorón desprovisto de hojas, dos o tres frutales que pronto estarían en flor. Las tres madrasas se recortaban con sus tonos azulados contra el gris del cielo y desmentían algo de la grandiosidad repetida en tantas fotos. El guía contó que Registán quería decir «arenal»; y también, que Tamerlán se había empeñado en fijar su corte allí por una cuestión de superstición, desoyendo los consejos de quienes no veían en la zona más que un tremedal. Pero fue su nieto, Ulugbeg, el *khan* astrónomo, el que hizo del sitio un centro espiritual al construir una *khanaka* sufí, especie de centro de acogida y retiro para los eremitas, edificando una madrasa enfrente. Estos edificios se encontraban en deterioro ya en el siglo XVII, y la finalización del conjunto databa de aquella época. Admiré las cúpulas de la madrasa que sustituyó a la *khanaka* de Ulugbeg, y paré la vista en los tigres que perseguían corzas blancas dibujados en las esquinas del magnífico portal. «El tigre representa al creyente», dijo el guía, «y la gacela es la verdadera fe, que siempre se le escapa».

CUARENTA COLUMNAS

Un año más tarde, en Isfahán, el vendedor de alfombras dijo que debía de querer mucho a mi familia y amigos cuando guardaba para mí el mantel más pequeño y compraba los más grandes para ellos. Estuve por decirle que no hacía más que cumplir una vieja norma zoroástrica que en el *Shahnameh* aparecía con frecuencia: la abnegación por el otro, pero no dije nada. Y eso que el vendedor parecía un hombre ilustrado. Me había captado a la puerta del palacio de Ali Qapu cuando salía de ver la sala de música, una torre dividida por dentro en varias plantas, todas forradas de bóvedas y matrices de madera, como los entresijos de un laúd gigante, para mejor solazarse el gran Abbas mientras escuchaba a los músicos de la corte. Se había puesto a hablar conmigo de Irán, de las montañas y del *beriani*. Me recordaba algún familiar lejano. Pero no solo él, muchos iranís podrían pasar perfectamente por españoles. Quizá podía ser esa una buena definición de los persas; y no era mala, ya que los acercaba a los europeos. O más bien, acercaba a los europeos a ellos: desde los encurtidos, a las flores de masa de hojaldre que vi en Shiraz la primera noche, nada más salir del hotel a dar una vuelta, flores que mi abuela hacía con un molde de hierro que, seguramente, habrían inventado en Asia central hacía cientos, o miles de años; y desde el perfil en las caras de la gente, hasta las cadencias musicales de místicos y flamencos, yo mismo podía perfectamente pasar por algún pariente lejano del vendedor de alfombras.

Nada más salir de la tienda con mi carga de regalos, busqué la sombra de un parquecillo que venía marcado en el mapa de Isfahán, y allí, delante de un palacete que ocupaba el centro del jardín, se confirmó que los pueblos iraníes habían preferido la cosa tangible, y de ahí, enderezaban el alma hacia la fe. Porque en los azulejos de la fachada que adornaba la entrada al palacio Chehel Sotún, «cuarenta columnas», una miniatura de ladrillo y estuco, vigas vistas de madera y multitud de frescos, ahí se veía confirmado. Eran escenas del periodo abasida, posteriores al imperio timúrida. En ellas el tigre que perseguía al cévido en las esquinas de la fachada de la madrasa y que podía significar lo que dijo el guía en Registán un año antes, la pesquisa eterna de la fe, siempre esquiva, había dado alcance a la corza blanca y le clavaba salvajemente los dientes y las zarpas. Al creyente se le llenaba la boca de fe, en un dulce abrazo con lo intangible. En la esquina de la derecha estaba ese motivo del depredador que le hinca los colmillos y las garras a una atemorizada presa, también presente en Persépolis. Los dibujos en la mayólica no tenían la simplicidad ni el sincretismo del bajo relieve aqueménida, pero la figura ganaba

en movimiento, gracia y musicalidad, sin que la danza que entablaban león y antílope perdiera nada de su dramatismo. El gran Abbas había vuelto un motivo transoxiano como era la persecución de la fe por parte del acólito a un gozoso motivo iranio de consecución y colmo en las fauces que se cernían sobre el lomo proteínico. Las escenas de azulejos del palacete, rodeado de hermosos jardines, rumorosas fuentes, donde los jubilados de Isfahán se contaban sus batallitas, era una lección de etología.

Y en Persépolis estaba el relieve del león que hincaba las fauces y las zarpas en el lomo del toro. Podía tener un significado alegórico parecido al de las madrasas y mezquitas timúridas, la gacela y el tigre, la fe y el creyente que corría detrás de ella. Si era así, siglos antes el aqueménida había concebido ese mismo motivo en plena consumación, y el ojo del toro revelaba un temor auténtico y escalofriante; y lo incisivo de los dientes y las garras del león indicaba que su religión hablaba todavía de cosas mucho más tangibles, de una fe más para este mundo; y de una invitación al *carpe diem*, no de un recado de salvación para el otro mundo. Los aqueménidas ya tenían una idea del bien necesario, de la propia conciencia y del desprecio a la mentira y al autoengaño, y este mundo era lo que tocaba y hendía la garra del león; y el otro quizá fuera solo un enorme muro sin inscripción alguna: una representación mucho más veraz del olvido.

Pensé en las palabras de Pier Paolo Pasolini al inicio de *Porcile*: «Interrogada a fondo nuestra conciencia, hemos decidido devorarte por tu desobediencia». Zoroastro, el profeta del mazdaísmo, fue autor de unos veinte libros, formado cada uno por 100.000 versos, todos escritos en 12.000 pieles de vaca, destruidos con la conquista de Alejandro Magno en el incendio de los archivos imperiales de Persépolis, en el año 330 a. C. La cifra de reses sacrificadas que tenía que ser exagerada. Había en el *Avesta* una defensa del ganado en una sociedad eminentemente pastoril que no hacía mucho había dejado de ser nómada y no parecía capaz de aquella carnicería de 12.000 reses; ni la biblioteca de Alejandría se merecía una mortandad así entre los bóvidos, a los que, bajo la forma de Kine, el espíritu del ganado, hacía que clamara justicia al gran dios Ahru Mazda. El salvador de destrucciones, que dio al ser humano inteligencia para exterminar rebaños salvajes, y más inteligencia aún para asolar la tierra con el pastoreo de las reses, ciego de fe y de codicia, pedía al dios que le multiplicase. Qué diría al ver ahora la tierra, perdida después de milenios de caza cruenta y pastoreo irrevocable.



[...]